

Quien espera no desespera (2/3)

Dr. Justo L. González



Hombres Presbiterianos
octubre de 2011

Quien espera no desespera (2 de 3)

Texto bíblico: Ezequiel 36:25-27 (RVR 1960)

*Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;** y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.*

I. Introducción

Decíamos esta mañana que el pueblo de Dios es pueblo que vive en esperanza. El propio profeta Ezequiel, en el capítulo que sigue inmediatamente al que estamos estudiando, incluye la famosa visión de los huesos secos. Allí cuenta el profeta que vio un valle lleno de huesos secos, y que esos huesos secos eran “la casa de Israel” —es decir, el pueblo de Israel— quienes decían “Nuestros huesos se secaron y pereció *nuestra esperanza*. ¡Estamos totalmente destruidos!”. El pueblo está destruido, el pueblo es como un montón de huesos secos, porque ha perdido su esperanza. Y el mensaje de Dios al profeta es mensaje de restauración de la esperanza: “profetiza, y diles que así ha dicho Jehová, el Señor: ‘Yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío; os haré subir de vuestras sepulturas y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío’” (Ez 37.11-13).

Todo esto nos lleva de nuevo a las tres observaciones gramaticales de esta mañana: nuestro pasaje está en plural, es mensaje al pueblo todo de Dios; en nuestro pasaje el sujeto de los verbos es Dios, la promesa es de Dios, y no nuestra; y nuestro pasaje está en futuro, es promesa

de Dios y llamado a la esperanza.

II. Diversas clases de esperanza

Pero empecemos por aclarar qué es eso de la esperanza. Porque en el uso común la “esperanza” puede ser muchas cosas diferentes. Así decimos, por ejemplo, que alguien “espera” sacarse la lotería. En tal caso, la supuesta esperanza no es más que una remotísima posibilidad. Tan remota, que lo mejor es que la persona continúe trabajando y organizando su vida sin pensar que se va a sacar la lotería. Cuando yo era joven, y alguno de mis compañeros expresaba una esperanza de esta clase, le decíamos “siéntate a esperar”; es decir, lo más probable es que lo que esperas no suceda, y lo mejor es que no cuentes con ello.

Un poco más allá de esa clase de “esperanza”, hay otra que expresa un deseo más bien que una probabilidad. Una pareja que planea una boda al aire libre dentro de tres meses dice que “espera” que no llueva. En tal caso, la supuesta “esperanza” es también una duda, una inquietud, una incertidumbre. Pero al menos tiene mayores probabilidades que la esperanza de quien compra un billete de lotería.

Un poco más allá, hay la “esperanza” de quien espera a un amigo en una esquina. Los amigos quedaron en encontrarse a una hora determinada, y el que llegó primero espera que el otro llegue a tiempo. En este caso, la esperanza tiene fundamento en una promesa, y por tanto tiene mayores probabilidades que la de quien compra un billete de lotería o la de quien hace planes

para una boda dentro de tres meses. Pero, puesto que el amigo esperado no es infalible, todavía esa esperanza conlleva duda, hasta tanto veamos al amigo que se acerca.

En otro sentido, la “esperanza” indica meta, propósito. Esta clase de esperanza es la de un joven que espera ser jugador de grandes ligas, y la de una joven que espera ser abogada. El joven no sabe si llegará o no a las grandes ligas, y la joven no sabe si se graduará o no de la escuela de derecho. Pero es verdad que esa es su esperanza, el joven se dedicará a practicar el deporte y a fortalecer su cuerpo, y la joven se dedicará al estudio. Para ambos esa esperanza es tal que organizan sus vidas en torno a ella—el joven haciendo ejercicio y practicando, y la joven estudiando.

III. La esperanza bíblica

¿A cuál de estas clases de esperanza se refiere la Biblia al hablar de la esperanza? ¿Cuál de estas clases de esperanza es la que según la visión de los huesos secos Israel ha perdido? ¡Ninguna de ellas! Porque la esperanza bíblica, a diferencia de todas estas otras esperanzas humanas, es esperanza en Dios; y por tanto esta esperanza, a diferencia de todas esas otras, es esperanza que conlleva certidumbre. Cuando el jugador dice que espera sacarse la lotería, cuando la pareja dice que espera que no llueva el día de su boda, cuando un amigo espera a otro, y cuando un atleta espera ser jugador de grandes ligas, todas esas esperanzas, en mayor o menor grado, conllevan duda. Pero cuando el profeta anuncia, “Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros”, lo que el profeta dice es promesa de Dios, y es por tanto

una esperanza que conlleva certeza. No es un “tal vez os daré”, ni un “si me parece lo haré”, ni un “posiblemente pondré”, sino un seguro, firme y tajante “Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros”.

En Primera de Pedro, esa clase de esperanza se llama una “esperanza viva”. Esa palabra, “viva”, señala dos características esenciales de la esperanza cristiana. En primer lugar, indica que se trata de una esperanza incommovible. La expresión “esperanza viva” es paralela a la expresión “roca viva”. Esa frase indica que no se trata de piedras sueltas, de esas que los ríos hacen correr, o que el arado del labrador saca de la tierra, sino que se trata de la piedra firme, de la piedra sobre la cual se puede construir un edificio con la certidumbre de que la piedra lo sostendrá.

La “esperanza viva” es entonces esperanza incommovible, roca firme sobre la cual se puede construir todo el edificio de la vida. Esta esperanza es “viva” porque se funda en las promesas del Autor de la vida misma.

Pero hay otro sentido igualmente importante en el que la esperanza cristiana es “esperanza viva”. Es esperanza viva porque es la esperanza a partir de la cual se vive. Si miramos los casos y grados de esperanza humana que acabo de citar, vemos que mientras más firme la esperanza más ha de afectar la vida. El que juega la lotería, mejor que no cuente con el dinero que espera ganar; mejor que siga viviendo como si no hubiera comprado ningún billete. La pareja que espera que no llueva hará planes para adornar el sitio al aire libre donde esperan casarse; pero

también tendrá otros planes por si acaso llueve. El amigo que espera a otro no tiene otros planes, y permanecerá en la esquina hasta tanto el amigo llegue; pero sabe que si su amigo no llega dentro de un tiempo prudencial tendrá que buscar otra cosa que hacer. El atleta que espera jugar en grandes ligas dedicará todo el tiempo que pueda a sus ejercicios y sus prácticas; y mientras más firme su esperanza de llegar a las grandes ligas, más constantes serán sus ejercicios y sus prácticas. En resumen, que mientras más firme la esperanza más ha de afectar el modo en que se vive en el presente.

¿Cómo se traduce esto entonces a la esperanza cristiana? Si la esperanza cristiana no es otra cosa que confianza en las promesas inquebrantables de Dios, eso quiere decir que es tan firme que es posible construir toda la vida sobre ella. Allá al final del Sermón del Monte Jesús habla acerca de quien construyó su casa sobre la roca, sobre la piedra viva y firme, y vinieron vientos e inundaciones, y la casa permaneció. Es de eso que se trata aquí: de una esperanza viva en el sentido de estar firmemente fundamentada en la roca viva que es Dios, y por consiguiente “viva” también en el sentido de que es esperanza a partir de la cual se puede construir y se ha de construir toda la vida. Construir la vida sobre esa esperanza firme es como construir la casa sobre la roca viva; y construirla sobre la esperanza fatua de que nos vamos a sacar la lotería es construirla sobre arena movediza.

IV. La vida a partir de la esperanza

Decíamos esta mañana que, por extraño que nos parezca a nosotros los modernos, la vida no se

vive solamente a partir del pasado, sino también a partir del futuro que se espera o que se busca. En palabras más técnicas, el curso de la vida no sólo se determina solo por las causas eficientes, sino también por las causas finales no solamente por el lugar de donde venimos, sino también por el lugar hacia donde vamos.

¿Qué sucede entonces si verdaderamente creemos en la promesa de Dios a través del profeta: “Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros”? Lo primero que ha de suceder es que, aun antes de que se cumpla la promesa, empezaremos a vivir a partir de la certeza de su cumplimiento. Si no lo hacemos, estaremos desmintiendo nuestra propia esperanza.

Permítaseme ofrecer un ejemplo que he usado antes en otro lugar: Supongamos que yo declaro que mi gran sueño es vivir en Japón. No hay país como Japón. Los arreglos florales japoneses son inigualables, y yo quisiera estar constantemente rodeado de ellos. La comida japonesa es la mejor del mundo, y difícilmente puedo esperar el día en que pueda ir a Japón y no comer otra cosa que comida japonesa. Todo en el Japón es maravilloso. No hay sueño mejor que el de vivir en Japón. Tan pronto como me jubile y pueda dejar mi trabajo me iré a vivir a Japón....

Supongamos entonces que alguien me pregunta: “Y ahora, mientras esperas el día glorioso en que podrás mudarte para Japón, ¿qué está haciendo con tu tiempo libre?”. Y supongamos que yo le contesto que estoy estudiando italiano. Es cosa que da risa, pero que también da ganas de

llorar. Da risa por la incongruencia entre la esperanza que proclamo y lo que hago en el entretanto. Da ganas de llorar porque indica que mi supuesta esperanza no es real, que en realidad no espero lo que digo —y que, si por alguna extraña circunstancia acabo viviendo en Japón, no voy a estar tan cómodo como imaginé. No podré hablar la lengua del país. Se me hará difícil comer con palitos en lugar de un tenedor. A fuerza de sentarme en el suelo, me dolerán las piernas y la espalda. En fin, hay un desfase total entre mi esperanza declarada y mi vida presente. Es como si la joven que dice que espera ser abogada se pasara el día jugando béisbol, o como si el joven que dice que va a ser jugador de grandes ligas se pasara el día estudiando derecho.

Y, ¿qué entonces de la iglesia? ¿Qué sucede cuando la iglesia anuncia su esperanza en la promesa del Reino de Dios, pero vive como si esa esperanza nunca fuera a cumplirse? No será que nuestro testimonio, a la vez que causa risa, da ganas de llorar? Y, ¿no es esto lo que sucede cuando en medio de una iglesia que anuncia el Reino de paz la gente está peleando entre sí, hay bandos que parecen irreconciliables, no se perdona a quien actuó de algún modo que no nos gustó? ¿No es eso lo que sucede cuando en medio de una iglesia que anuncia un Reino de justicia hay pastores y líderes con salarios fastuosos, y hay otros líderes, igualmente dedicados e igualmente trabajadores, que apenas pueden vivir con lo que reciben? ¿No es eso lo que sucede cuando en medio de una iglesia que anuncia el día en que gentes de todo pueblo y raza y de toda lengua y nación cantarán himnos al que se sienta sobre el trono, cuando en medio de esa iglesia, digo, hay grupos marginados por su cultura, por su lengua, o por cualquiera otra razón?

El que los verbos en nuestro pasaje esté en plural nos recuerda que no es solo cuestión de mi relación con Dios, sino también de la relación de todo el pueblo de Dios entre sí.

Una iglesia que verdaderamente espera el Reino de paz practicará la paz ella misma. Una iglesia que verdaderamente espera el Reino de justicia practicará la justicia ella misma. Una iglesia que verdaderamente espera el Reino de unidad practicará la unidad ella misma. Una iglesia que verdaderamente espera el Reino de reconciliación practicará la reconciliación ella misma.

De no hacerlo, el testimonio de la iglesia viene a ser como el de quien dice que proyecta irse a vivir al Japón, pero mientras tanto está estudiando italiano. De no hacerlo, el testimonio de la iglesia les causará risa a los de fuera, y ganas de llorar a los de dentro.

V. Aclaración importante

Pero aquí hay que hacer una aclaración importante. No se trata de que la tarea de la iglesia sea traer o implantar el Reino de Dios. Recordemos que en el pasaje que estamos estudiando el sujeto de los verbos es Dios. Es Dios quien promete. Es Dios quien actúa. Es Dios quien cumplirá la promesa.

Digo que esto es importante, porque con demasiada frecuencia, al hablar del Reino de Dios, lo hacemos como si su venida dependiera de nosotros. Hay quien dice que estamos “construyendo el Reino”. Hay himnos acerca de cómo nuestra tarea es “traer el Reino”. Pero todo eso es

contrario al testimonio bíblico. En la Biblia el Reino no es algo que nosotros traigamos, por muy fieles que seamos; no es lo que tantos hoy llaman un “proyecto histórico”; no es algo que dependa de nuestra fidelidad o falta de ella. En la Biblia el Reino es promesa de Dios; es algo que Dios trae a su debido tiempo; es futuro inescapable a partir del cual el pueblo de Dios ha de vivir. Una vez más, en la promesa de Dios el sujeto de la acción es Dios mismo.

El olvidar esa distinción ha sido causa de grandes males en la historia de la iglesia. Cuando, en la Edad Media, la iglesia olvidó que el Reino de Dios es promesa de Dios y no construcción humana, esa iglesia cayó en el error de confundir el Reino de Dios con la iglesia misma, y por tanto se adjudicó la tarea de obligar a toda la sociedad a vivir según lo que la iglesia consideraba ser los parámetros de ese Reino. Los resultados fueron desastrosos: Una iglesia en la que la autoridad de la jerarquía era más importante que la participación del pueblo; una iglesia más interesada en alcanzar el poder que en llamar a los poderosos a la obediencia; una iglesia dispuesta a extender su poderío mediante las armas y la violencia. Cuando, en el siglo diecinueve, buena parte de la teología liberal, a pesar de todas sus diferencias con el Medioevo, cayó en la misma trampa de pensar que el Reino de Dios es construcción humana, se confundió el Reino con el progreso, y en nombre de ese Reino y ese progreso la misión se confundió con el colonialismo, la esperanza cristiana con la difusión de la cultura occidental, y el cristianismo con la economía del *laissez faire*. Y hoy, cuando algunos cristianos cometen el mismo error, pensando que la tarea de la iglesia es construir el Reino, hay quien habla de ese propósito en términos de establecer una teocracia, de forzar al resto del mundo a aceptar los “valores

cristianos”, y de elegir a candidatos “cristianos”, para así hacer que nuestra sociedad venga a ser como el Reino de Dios sobre la tierra. Y hay supuestos líderes cristianos que hacen uso y abuso de la fe de los creyentes para sus fines políticos, casi de igual manera que cuando el papa Urbano II, al grito de “Dios lo quiere”, desató sobre el mundo los horrores de las cruzadas.

Si, por el contrario, el Reino es promesa, no depende de nosotros, sino que nosotros dependemos de él. Si el Reino es promesa, eso quiere decir que lo que nos toca no es forzar al resto de la sociedad a vivir conforme a ese Reino, sino más bien vivir nosotros mismos conforme a ese Reino, de tal modo que nuestra propia vida sea anuncio de ese Reino y ejemplo de su justicia, de su paz y de su gozo.

VI. Ya sí y todavía no

Pero la esperanza cristiana, por el mismo hecho de ser promesa—promesa de Dios—implica a la vez un “ya sí” y un “todavía no”. Es un “ya sí”, porque ciertamente hemos recibido la promesa—promesa infalible e indubitable, porque es promesa de Dios. Pero es también un “todavía no”, porque la promesa todavía no se cumple. Lo que ahora tenemos es un atisbo de la promesa. Dos veces en su Segunda Epístola a los Corintios (1.22; 5.5), el apóstol Pablo se refiere al Espíritu de Dios que nos ha sido dado “como garantía” de la promesa, según dice la Reina-Valera revisada del 95, o la “arras” de la promesa, como dice la antigua Reina-Valera. En el idioma original, esa palabra en la que los traductores no parecen ponerse de acuerdo se usa para referirse a lo que en Puerto Rico llaman el “pronto pago”, en Cuba el “fondo”, y en otros

países el “depósito”, y en este país el “down-payment” en una compra a plazos. Usted da ese primer pago como garantía de que en efecto va a comprar la mercancía en cuestión. Ese primer pago le compromete a completar la transacción. Pues bien, es así que Pablo se refiere al Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios es la garantía de la promesa, el pronto pago del Reino, el compromiso mediante el cual Dios sella su promesa. El Espíritu Santo es el “ya sí” de Dios que nos permite vivir en él “todavía no” del presente.

Pablo señala algo parecido en Colosenses 3, donde les dice a sus lectores que “habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados en gloria”. En otras palabras, que quien está en Cristo vive sobre la base de una vida todavía escondida, de una vida que, con todo y ser ya realidad, todavía no se manifiesta. Vivimos entre el “ya sí” de que Cristo murió y resucitó por nosotros y el “todavía no” de que esperamos aún la manifestación final de ese Cristo y de su Reino.

Y lo mismo dice también en ese otro pasaje frecuentemente citado, pero mal interpretado de Gálatas 2: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios”. Es común pensar que ese pasaje quiere decir que Pablo era un cristiano particularmente devoto, que había avanzado en su vida cristiana a tal punto que podía decir eso de “con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Pero eso no es lo que Pablo está diciendo. Si leemos el contexto

de todo el pasaje, lo que Pablo está diciendo es que esa es la vida de todo creyente; que quien está en Cristo es como si hubiera sido crucificado, y vive en espera de una nueva vida. Pero que esa nueva vida, sin embargo, es vida que todavía se vive por la fe, por la promesa de su cumplimiento final, entre el “ya sí” y el “todavía no” que caracterizan nuestra condición entretanto esperamos el cumplimiento de la promesa: “*ya* no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que *ahora* vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios”. El *ya* es promesa, vida escondida con Cristo en Dios. El *ahora* es condición presente, vida en el “todavía no” de la promesa.

Volvamos entonces a nuestro texto: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;** y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra”.

VII. La promesa y el bautismo

El esparcir “agua limpia” nos recuerda el bautismo, cuando se esparció sobre nosotros agua limpia como lavacro del pecado y como señal de novedad de vida. Y aquí podemos hacer un breve paréntesis para recordar lo que decíamos esta mañana acerca de la tipología. En la Biblia hay toda una tipología del agua. En la historia de la creación, el Espíritu de Dios se mueve sobre la faz de las aguas. En la historia de Noé, Dios limpia la tierra mediante las aguas del diluvio. En la del Éxodo las aguas se apartan para darle paso al pueblo de Dios, y en esas mismas aguas

perecen Faraón y sus ejércitos. En el desierto, agua brota de la peña—y más tarde Pablo diría que esa peña de Horeb era Jesucristo, de modo que los antiguos bebieron de la misma roca de la cual ahora nosotros también bebemos. En la historia de Jonás, Dios utiliza las profundas aguas del mar para llamar a Jonás a la obediencia. En el Evangelio de Juan, Jesús le ofrece a la samaritana agua que salta para la vida eterna. En el Evangelio, Jesús calma las aguas del mar embravecido. Y en el Apocalipsis esas aguas que antes fueron motivo de temor se presentan como un cristalino mar.

Pues bien, todo eso se recoge en nuestro bautismo, en nuestro nuevo nacimiento en Jesucristo, en nuestra nueva vida, escondida en Jesucristo. Volviendo al tema de la tipología, de que hablábamos esta mañana, el tema del agua aparece repetidamente en la Biblia. Ya que antes mencioné la historia del diluvio y el arca de Noé, cabe señalar que la relación entre esa historia y el bautismo aparece explícitamente en Primera de Pedro (3.20-21), donde se habla de quienes “en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que ahora corresponde a esto nos salva ... mediante la resurrección de Jesucristo”.

El tema del agua aparece en la Biblia para referirse tanto al pasado, al “ya sí”, como al futuro, al “todavía no”. El “ya sí” se ve en la historia de la creación, en el diluvio, en el cruce del Mar Rojo, en la peña de Horeb. Y el “todavía no” aparece en la visión tanto del profeta Ezequiel como en

la de Juan en Patmos. En el capítulo 47, este mismo profeta Ezequiel que constituye el fundamento para nuestras reflexiones en estos días describe una gran visión del futuro que Dios promete:

Me hizo volver luego a la entrada de la casa [es decir, del Templo]. Y vi que salían aguas por debajo del umbral de la casa ... y era ya un río que no se podía pasar. ... Y al volver vi que en la ribera del río había muchísimos árboles a uno y otro lado. ... Y junto al río, en la ribera, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario. Su fruto será para alimento y su hoja para medicina (Ez 47.1,5,7,12).

Y Juan, el vidente de Patmos, se hace eco de la misma visión al describir la nueva Jerusalén:

“Después me mostró un río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal, que fluía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad y a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol serán para la sanidad de las naciones” (Ap 22.1-2).

Al leer entonces las palabras con que comienza nuestro texto para estos días, no podemos sino hacerlo a la luz del lugar que el agua ocupa en nuestra vida cristiana, es decir, a la luz del bautismo: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré”. Y eso le da un sentido mucho más amplio a nuestro bautismo. Hay quien piensa que el bautismo no es más que el acto de nombrar a un niño; o que no es más que un compromiso por parte de los padres y padrinos de criar a un niño o niña de cierto modo; o, en el caso del bautismo de adultos, que no es más que un testimonio de nuestra fe. Pero en la visión bíblica, y en la visión de la iglesia antigua, el bautismo es mucho más que eso. El bautismo es señal de que estamos injertados en esa larga historia en la que

Dios nos lleva desde la creación hasta la consumación; desde la liberación del cruce del Mar Rojo hasta la liberación final ante el cristalino mar del Apocalipsis; desde los ríos que corren a partir del Edén hasta el río que fluye del trono de Dios y del Cordero.

Y en medio de esa creación cuya consumación Dios promete se encuentra nuestra nueva creación como dice Pablo, “si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Co 5.17). Y en medio de esa liberación cuya celebración final tendrá lugar frente al cristalino mar se encuentra nuestra presente liberación del pecado—como también dice Pablo, “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro 8.2). Y en medio de esa larga historia que va de los ríos del Edén hasta el río de la nueva Jerusalén, vivimos por la fe en aquel que prometió: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí ... de su interior brotarán ríos de agua viva” (Jn 7.37-38).

Pero la cosa no es tan sencilla, porque aun habiendo recibido la promesa seguimos viviendo entre el “ya sí” y el “todavía no”. Porque el mismo Pablo que anunciaba la nueva creación dice que todavía “gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial” (2 Co 5.2). Porque el mismo Pablo que se gloriaba en la liberación del pecado todavía podía decir: “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor! Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado” (Ro 7.24-25). Porque hasta el propio Jesús quien nos invita a venir a él en busca de agua que salte para vida eterna, cuando colgaba en la cruz clamó: “sed tengo”.

Porque eso es lo que tenemos: no una promesa cumplida, sino una promesa inquebrantable; no solo un “ya sí”, sino también un “todavía no”.

Volvamos entonces al tema del bautismo, al que apuntan las primeras palabras de nuestro pasaje: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré”. En muchas de nuestras iglesias se está restaurando la costumbre de algunas iglesias antiguas, de tener en el servicio un momento en el que recordamos nuestro bautismo.¹ En algunos casos, al tiempo que se vierte agua, se dicen las palabras: “Recuerda tu bautismo” o, en forma plural, “Recordad vuestro bautismo”. Para muchos de nosotros, esas palabras no parecen tener mucho sentido, pues fuimos bautizados de niños, y no podemos recordar cosa alguna de nuestro bautismo. Para otros, bautizados ya de mayores, si se nos invita a recordar nuestro bautismo lo que recordaremos serán algunos detalles como quién nos bautizó, quiénes estaban presentes, qué hicimos ese día, etc. Pero ni en un caso ni en el otro—ni en el caso de los bautizados como párvulos, ni en el de los bautizados algo después—eso de acordarnos de nuestro bautismo parece tener mucha importancia, y nos puede parecer extraño que en el culto se nos invite a hacerlo.

Lo que sucede es que en realidad la frase, “recordad vuestro bautismo” no quiere decir que nos acordamos de cómo, cuándo o por quién fuimos bautizados. Quiere decir más bien que recordemos el hecho mismo de que somos bautizados. El ser bautizados ha de definir y dirigir

¹ De lo que se ven vestigios es la costumbre de tener una fuente de agua a la entrada de las iglesias católicas.

nuestra vida toda como creyentes. Así se cuenta que cuando Martín Lutero se veía fuertemente tentado sencillamente clamaba, “¡soy bautizado!”. Es decir, pertenezco a Cristo, soy parte del cuerpo de Cristo—o, como diría Pablo, “mi vida está escondida con Cristo en Dios”. Si nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, eso quiere decir que vivimos entre el “ya sí” de nuestro bautismo y el “todavía no” del día en que ese bautismo y su significado se manifestarán a plenitud.

La frase en nuestro texto, “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré”, es promesa del día en que seremos completa y efectivamente limpiados de todas nuestras inmundicias. Pero es también recordatorio de que somos el pueblo que ha recibido esa promesa. En nuestro bautismo, hemos nacido a vida nueva en Cristo. Puesto que estamos en Cristo, somos nueva criatura; las cosas viejas pasaron, y he aquí todas son hechas nuevas. Pero nuestro bautismo es también anuncio y promesa del futuro en que seremos completamente limpios, y cuando no tendremos ídolo alguno delante de Dios.

VIII. El mandamiento y la promesa

La frase misma, no tener ídolos, nos recuerda cómo el mandamiento se relaciona con la promesa. En el Decálogo, Dios manda: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Pero la verdad es que, por mucho que tratemos de evitarlo, siempre hay dioses ajenos delante de Dios. Puede ser el dios del dinero, o el dios de la fama, o el dios de la salud, o el dios de la familia. Todas

estas cosas, aunque ciertamente dadas por Dios, se nos convierten en ídolos que ocupan el lugar de Dios—de igual modo que en la antigüedad alguien podía tomar una montaña o un árbol creados por Dios y convertirlos en ídolos. El mandamiento nos llama a abandonar todos esos ídolos—o al menos a ponerlos en su justo lugar en el orden de la creación de Dios. Pero el mandamiento también reconoce que tales ídolos volverán a levantarse una y otra vez. Y por eso el mandamiento está en el futuro: “No tendrás dioses ajenos”. Gramaticalmente, el mandamiento está en futuro de indicativo, y no en imperativo—no dice “no tengas dioses ajenos”, sino “no tendrás dioses ajenos”. El mandamiento tiene una dimensión imperativa, sí; eso es lo que lo hace mandamiento. Pero es un imperativo que se fundamenta en la promesa de que, por obra de Dios, el día llegará cuando verdaderamente y absolutamente no tendremos dioses ajenos delante de él.

De igual modo, el futuro de indicativo de nuestro texto tiene una dimensión imperativa: El “esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré” es promesa de que Dios en efecto nos limpiará; pero es también mandamiento, llamado a vivir como aquellos a quienes Dios limpiará de todas nuestras inmundicias, como aquellos a quienes Dios libraré de todos nuestros ídolos.

IX. El Dios que espera

Pero la esperanza cristiana tiene otra dimensión que no debemos olvidar: No somos solamente nosotros quienes esperamos, sino que también Dios espera. Es imposible saber por qué, pero el

hecho es que el Dios de la Biblia es un Dios que no solo crea, sino que crea seres independientes, con su propia voluntad, por los cuales ha de esperar. La historia toda de la Biblia es esa historia de la espera de Dios. Un modo en que la Biblia dice eso es con la aseveración repetida (por ejemplo, en Jonás 4.2) de que nuestro Dios es “tardo para la ira y grande en misericordia”. Estas dos cosas van juntas: Dios es tardo para la ira precisamente porque es grande en misericordia. Dios espera, porque si no esperara, si no fuera por su misericordia, todos seríamos destruidos.

Y lo que el Antiguo Testamento afirma repetidamente en palabras, y lo que el antiguo Testamento apunta con las múltiples misericordias de Dios, llega a su culminación en nuestro Señor Jesucristo. Utilizando el vocabulario que empleábamos y explicábamos esta mañana, todas esas grandes misericordias, esa espera aparentemente infinita de Dios en el Antiguo Testamento, es figura, tipo o señal de nuestro Señor Jesucristo, en quien la misericordiosa espera de Dios se manifiesta en su plenitud.

Esto lo ha expresado claramente uno de los más ilustres poetas castellanos, Lope de Vega, quien escribió un famoso soneto inspirado por Apocalipsis 3.20: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oyere mi voz, y abriera la puerta, yo entraré a él y cenaré con él”. Dice Lope de Vega:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuro?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,

pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
"Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuanto a amor llamar porfía"!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
"Mañana le abriremos" respondía,
para lo mismo responder mañana!

Nuestro Dios es Dios de la esperanza, no solamente porque esperamos en él y en sus promesas, sino también porque una de esas promesas es esa que Dios también espera por nosotros. Una y otra vez respondemos, "mañana", y una y otra vez Dios sigue llamándonos, esperando, esperando, esperando...

Esa espera divina llega a su culminación en Jesucristo, quien siendo Dios por toda la eternidad se sujeta al tiempo precisamente para darnos tiempo al arrepentimiento. Jesucristo es aquel que "siendo en forma de Dios, no tuvo el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se vació a sí mismo, tomando la condición humana". O, lo que es lo mismo, el Señor que se introdujo en nuestra historia y nuestro tiempo para esperarnos; para esperar nuestra conversión; para esperar nuestro amor.

Esto también lo canta Lope de Vega en otro soneto cuyo último terceto dice:

Espera, pues, y escucha mis cuidados...
Pero, ¿cómo te digo que me esperas,

si estás para esperar los pies clavados?²

Nuestro Dios es un Señor que tiene, por así decir, “para esperar los pies clavados”. Nuestro Dios es un Dios que espera. Nuestro Dios es un Dios “tardo para la ira y grande en misericordia”. Y es precisamente porque, en su misericordia, Dios espera por nosotros que nosotros a nuestra vez, aun en medio de nuestro pecado, podemos esperar en Dios.

Es por eso que el texto de Ezequiel nos habla, no solamente de un Dios que quiere que no tengamos ídolos delante de él, de un Dios que quiere que seamos limpios de inmundicia, de un Dios que quiere que tengamos corazón y espíritu nuevos, sino también de un Dios que ya nos está dando las primicias de un corazón y un espíritu nuevos, y espera el día en que pueda en toda plenitud darnos ese corazón y espíritu nuevos. El Dios que dice:

*Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;** y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.*

² El soneto completo:

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño:
tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos,
vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño
y la palabra de seguirte empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados
pues tan amigo de rendidos eres.
Espera, pues, y escucha mis cuidados...
Pero, ¿cómo te digo que es esperes,
si estás para esperar los pies clavados?